



Bernardo Monteagudo

Reflexiones políticas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Bernardo Monteagudo

Reflexiones políticas

La suerte de la América pende de nosotros mismos, y la influencia que reciba directa o indirectamente de la Europa será siempre más favorable que contraria a sus intereses, considerado el estado actual de la revolución del globo, y los progresos que anuncian los extraordinarios tiempos en que vivimos. De un momento a otro va a cambiar el aspecto de los grandes sucesos en las llanuras del Océano, en las costas del Báltico, en las inmediaciones del Mediterráneo, y en las mismas márgenes del Támesis, y cuando el héroe dominante llegue al cenit de su gloria o al término de sus días, una nueva serie de revoluciones pondrá en expectación al globo, y el interés propio de cada nación le hará adoptar una política contraria a su actual sistema, sin que pueda prescindir de esta innovación el mismo gabinete de S. James. Pero sin duda ese estremecimiento general de todas las partes de la Europa será el apoyo de nuestra quietud, y quizá un solo día de calma, tregua o seguridad en sus recíprocos intereses nos expondría a funestos conflictos, siendo entonces de temer un plan formal de agresión de parte de cualquier potencia ultramarina, plan que al presente, y mucho menos en la nueva serie de revoluciones próximo futuras no puede verificarse, porque en tales circunstancias nada sería tan peligroso a cualquiera nación, como emprender reducir al antiguo sistema colonial un vasto continente, que como quiera que sea, ama y suspira por su independencia, aun cuando en general no tenga otra virtud que aborrecer la servidumbre: ello es que si en tiempo de los reyes bastaban por ejemplo 100 combatientes para ocupar las provincias, actualmente unidas, quizá no bastaría ahora el mismo número duplicado. Es fácil invadir una comarca, y difundir un terror precario en sus vecinas; pero no lo es fundar una dominación, y asegurar su estabilidad en una época en que los espíritus han llegado al caso de comparar, y discernir la suerte del hombre libre, de la de un esclavo. Fuera de que las emigraciones que serían consiguientes a este nuevo establecimiento, la necesidad de no confiar al principio los empleos civiles, militares y aun eclesiásticos sino a los procedentes de la nueva metrópoli, el interés de conservar interior y exteriormente fuerzas suficientes para mantener la obediencia de los pueblos, y asegurar las relaciones de comercio con aquella; todo demandaría gastos que quizá excederían los ingresos, y sobre todo un número de fuerzas terrestres y marítimas que entrando en el cálculo con las emigraciones clandestinas y empleados metropolitanos, desmembrarían la fuerza real de la nación ocupante, sin engrandecerla más que en la apariencia.

Por otra parte: cualquier paso que diese en el día una potencia a la dominación de América, sería una señal de alarma para las demás: entonces la emulación y los celos harían una formidable guerra a la codicia, y el espíritu exclusivo suscitaría rivales poderosos contra el usurpador que agotando insensiblemente sus fuerzas, antes que su ambición pudiese repararlas, darían la ley al mismo que se había lisonjeado de imponerla al débil.

Desengañémonos, todas las naciones de la Europa aspirarían a subyugar la América, si su codicia no estuviese en diametral oposición con sus intereses: ellas darían quizá un paso a

su engrandecimiento, si pudieran ser tan felices en sus expediciones como Fernando e Isabel en sus piraterías; pero que importa: aún no acabarían de demarcar sus nuevos dominios, cuando verían ya amenazados los suyos. Este peligro durará mientras no se terminen las guerras que ha encendido en Europa esa nueva dinastía de conquistadores felices. Después que se derrame la sangre de millones de hombres, después que el orden natural de los acontecimientos cambie la suerte de las naciones, después que la experiencia de continuas desgracias paralice el espíritu de unas, y el mismo engrandecimiento abrume y debilite a otras, después en fin que se cansen estas de combatir, y aquellas de ser combatidas, entrarán por su propia virtud en forzosas alianzas y en treguas de necesidad. ¿Pero cuándo será esto? Quizá correrá medio siglo sin que se verifique, aun cuando yo espero que descansen entonces la humanidad y sea más feliz que ahora. Entretanto los mismo estragos y ruinas de la mitad del globo consolidarán la tranquilidad y esplendor del continente de América cuyos progresos serán garantidos de un modo inviolable, no por la voluntad sino por la impotencia en que está la Europa de extender sus brazos más allá del centro de sus precisos intereses. Convengamos en que la agresión de las potencias ultramarinas no pueden realizarse en las circunstancias por sus peligros recíprocos, ni en lo sucesivo por el interés de la conservación; y que por consiguiente, cuando llegue el caso en que debamos temer, nuestros propios recursos bastarán para salvarnos.

Por las mismas razones ningún pabellón podrá ahora concurrir aun en clase de auxiliar, sin exponerse a sentir iguales efectos con menos ventajas, especialmente cuando las únicas que podrían hacer parte principal no existen sino en fantasmas y simulacros. A más de esto, ningún gabinete es tan pródigo de recursos que quiera sacrificarlos al interés de otro: porque o se cree capaz de emprender por sí solo el mismo designio, y entonces preferirá su interés exclusivo: y si por su situación o por los peligros que le amenazan no se decide a obrar por sí mismo, menos lo hará en auxilio ajeno, cuando sabe que su concurso será parcial en la apariencia únicamente, y que no habrá diferencia en el resultado.

Ultimamente yo creo que a nuestro puerto sólo arribarán, y no con poca dificultad, algunos emigrados, que puedan salvar del naufragio: estos se complotarán quizá, y formarán proyectos ridículos si encuentran un punto inmediato de apoyo: pero toda combinación de esta naturaleza sólo puede ser imponente para los cobardes. ¿Con qué fondos sostendrá esta empresa, con qué auxilios la llevará a cabo un tropel de errantes que con proporción a su número serán dobles las dificultades y embarazos para la ejecución de las medidas?

Hablemos sin ilusión, los grandes peligros no debemos esperarlos de la Europa; su codicia no puede ser el árbitro de nuestro destino, y sus deseos serán sofocados por los riesgos en que fluctuará su misma suerte. En nuestra mano está precaver todo mal suceso, próximo o remoto: tenemos tiempo y recursos para armar nuestro brazo, y hacerlo terrible a nuestros enemigos; no pende de ellos, no, el destino de la América sino de nosotros mismos: su ruina o prosperidad, serán consiguientes a nuestra energía o indiferencia.

(Gaceta de Buenos Aires Enero 24 de 1812.)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

